

LA NOVELA Y LA EMANCIPACION LITERARIA DE AMERICA

POR

JOSE ANGEL VALENTE

La novela hispanoamericana podría ser calificada, haciendo uso aquí de una etiqueta acuñada para determinadas manifestaciones del espíritu creador peninsular, como un *fruto tardío*. Aparecida cuando otros géneros, como la poesía o la historia o la crítica, habían dado ya rendimiento notable, la novela se constituye pronto en la expresión más viva y más rica de la cultura de la América española. No se trata sólo del hecho obvio de que haya en ella, por la naturaleza misma del género, más capacidad para convertirse en testimonio y documento, sino de que una vez descubierta y experimentada esa capacidad, el escritor americano ha tratado con especial ahinco de explotarla hasta dar en la novela los frutos más vigorosos y peculiares de la expresión del alma continental.

Generalmente se suele señalar *El Periquillo Sarniento*, del mejicano Fernández Lizardi (aparte el rastreo más o menos feliz de elementos novelescos en obras de otro carácter), como la primera novela hispanoamericana. Es casi simbólico que la paternidad del género y el primer eslabón de una tradición que, andando el tiempo, va a dar frutos tan inconfundiblemente americanos se asigne a un escritor en cuya biografía puede formar capítulo esencial la liquidación de toda una etapa de la historia de América: la época colonial. Como en las tierras de América, también en el alma de Lizardi (que se estrena literariamente en 1808 con su *Polaca en honor de Nuestro Católico Monarca el señor don Fernando Séptimo*", y que en 1822 es excomulgado por su *Defensa de los francmasones*) agonizaba la colonia y nacía la independendencia. Pero desde 1816, en que aparece, editado en la ciudad de Méjico, *El Periquillo*, transcurre mucho tiempo sin que la novela dé señales evidentes de lo que va a convertirse en su rápido florecimiento contemporáneo. Hay que avanzar a grandes saltos por el siglo XIX para encontrar los primeros pilares de esta novelística, que tan rica aventura nos ofrece ahora: de 1816 a 1851, en que aparece la *Amalia*, de Mármol, a 1862, en que se edita el *Martín Rivas*, de Blest Gana, o a 1867, en que sale a luz la *María*, de Isaacs. Porque la novela

americana es cosa que empieza a cumplirse, con caracteres verdaderamente definitorios, andando el siglo xx. Sólo ahora, es decir, desde hace escaso tiempo, si se piensa en lo lentamente que llega a formarse con rasgos propios una tradición literaria, estamos asistiendo al nacimiento de una verdadera novela americana. Ya Henríquez Ureña, conocedor como nadie de la realidad literaria de su continente, escribió: "Cuando se recorre la historia literaria de la América española se advierte en seguida que la novela tiene escaso florecimiento y que su aparición es tardía... El año 1926 hace pensar que se inicia una nueva era para la literatura de imaginación en América, con el éxito fulminante y simultáneo de unos cuantos libros en Buenos Aires: a la cabeza, el poderoso *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, y el *Zogoibi*, de Larreta" (1).

La época colonial carece de novela. Durante tres siglos América, sobreabundante sin embargo de motivaciones novelescas, guarda inédita su novela. ¿Es posible que este hecho venga determinado tan sólo por la prohibición legal de que circularan allí, entre españoles o indios, "libros de romances e historias fingidas"? Henríquez Ureña ha hecho uso demasiado exclusivo de esta razón para explicar la inexistencia de una novela colonial. A pesar de las disposiciones de 1532 y 1543, no abolidas hasta la Constitución de Cádiz, el tráfico de libros de imaginación durante la colonia es bastante intenso, y probablemente debió de realizarse en condiciones sólo de *relativa clandestinidad*. Investigaciones recientes han iluminado con detalle el tráfico librero entre América y la metrópoli durante esta época. *La Celestina*, *El Lazarillo*, *Amadises*, *Belialises* y *Orlandos*, amén del *Quijote*, pasaron con abundancia a las tierras virreinales. La imaginación criolla estaba, pues, alimentada por obras de ficción. Sin embargo, no se produce este tipo de creación, mientras abundan los versos y la historia. Indudablemente debieron de pesar en este hecho las razones prácticas que señala Henríquez Ureña; pero, seguramente, habrían sido desbordadas de no existir razones más profundas en la estructura misma del ánimo de los hombres de la colonia. Hacia estas razones se ha arriesgado a apuntar otro crítico americano, Luis Alberto Sánchez. La imaginación del conquistador y del colonizador, viene a decir en suma, se consumó en la acción, una acción que sobrepujaba en mucho toda posible *recreación literaria*. "No se requerían invenciones—escribe Sánchez—; ellas quedaban por cuenta de la vida cotidiana. Las épocas de descubrimientos y revelaciones son

(1) "Apuntaciones sobre la novela en América", en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, págs. 60 y sigs. Buenos Aires, 1952.

así: conviven con el prodigio, poseen esa ventaja intransferible e irrenunciable, les bastan sus propios elementos naturales; nuestra colonia fué así" (2). La historia de la conquista y de la colonia quedó palpitante en la prosa de los cronistas, enjuta o dispendiosa, es igual, y no pasó de ahí. Es inútil buscar elementos novelescos en la crónica indiana; naturalmente, los hay, pero su existencia no demuestra nada en el orden de cosas que nos ocupa. Tal vez podrían ser tenidos en cuenta como anticipo novelesco si en esos momentos no estuviese ya configurada como género aparte la prosa de ficción, y tan configurada como para dar en el mismo siglo de la conquista la obra de Cervantes. Los cronistas de Indias no tienen la menor voluntad de producir obras de imaginación, y por muy acendrada que sea su prosa o por muy propensos que nos parezcan en algunos casos a los escapes imaginativos, pertenecen enteramente, por intención y frutos, a la órbita de la Historia.

Sólo después de la independencia la novela empieza a crecer lentamente, aunque tampoco pueda hablarse en bloque de una novelística americana en el siglo XIX. Hay un lento proceso de formación, desigual y entorpecido en sus resultados por una serie de razones; entre otras, graves dificultades de tipo editorial, como explica Henríquez Ureña. La fecha que éste señala como comienzo de una nueva etapa novelística, que se anuncia verdaderamente importante, es bien tardía. Lo curioso es que, apenas la tradición novelística americana empieza a configurarse de modo real y con caracteres visiblemente propios, América se entrega totalmente a la novela. Hoy es en ella donde hay que buscar lo más revelador del espíritu creador continental. "La novela es, indiscutiblemente—escribe Torres Ríoseco—, la expresión literaria más importante de la América del siglo XX, y los novelistas hispanoamericanos modernos ocupan (por su vigor, su originalidad y su maestría estilística) un lugar junto a sus más distinguidos colegas del mundo moderno. Y esta novela es fundamentalmente interesante no por su mérito intrínseco, que es grande, sino como reflejo de la cultura de todo un continente" (3).

En efecto, parece que la pasión creadora de América se haya concentrado para dar lo más peculiar, lo más auténtico de sí misma en la novela, género en que ha comenzado a apuntar con caracteres ya absolutamente inconfundibles una tradición literaria pro-

(2) *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, página 81. Madrid, 1953.

(3) "La novela hispanoamericana", en *La gran literatura iberoamericana*, página 195. Buenos Aires, 1945.

pia. Puede negarse seguramente que la novelística de la América de habla española haya dado sus obras definitivas o afirmar que esté lejos aún de agotar la rica cantera de materiales que América misma, repleta de incitaciones, le brinda. Pero lo cierto es que ofrece, ya ahora, un considerable panorama en el que sobresalen unas cuantas obras, en las que reconocemos a la vez su universal valor y una entrañable significación americana. No pongo en duda que el lector avezado, como afirma Henríquez Ureña, pueda discernir con facilidad la procedencia nacional de un poeta hispanoamericano, a pesar de que las razones que el eminente crítico da resulten, vistas con ojos exclusivamente científicos, un poco vagas. Ahora bien: lo que nadie podría confundir, por superficiales que fuesen sus lecturas, serían los vigorosos cuadros de Azuela, o el inagotable pulso de Gallegos, la prosa de Larreta y los relatos de Quiroga o de Icaza. El brote de notas distintivas en la literatura de cada país hispanoamericano ha encontrado un propicio campo de desarrollo en la novela. Creo que ésta es una de las razones más poderosas de la multiplicación del género en la América contemporánea. Se podría afirmar desde este punto de vista que la novela es el género de la emancipación literaria de América. Por eso me parecía casi simbólico que fuesen los últimos estertores de la colonia el momento de gestación de la primera novela hispanoamericana: *El Periquillo Sarniento*, de Lizardi.

De hecho, el desarrollo del género novelesco ha ido extrañamente ligado al nacimiento de las literaturas nacionales en Hispanoamérica. Creo, además, que sólo desde este momento puede hablarse en rigor de una literatura hispanoamericana. Todo lo anterior debería ser englobado en uno o dos capítulos de carácter *exclusivamente preliminar*, que recogiesen los elementos preparatorios que hay en la colonia y también los indígenas, en atención a las importantes derivaciones indigenistas de la literatura moderna. No creo que Alarcón o sor Juana Inés de la Cruz pertenezcan, desde ningún punto de vista, a la literatura mejicana. Son grandes figuras que América da a la literatura española, y nada más. Como *La Araucana*, es un tema que las nuevas tierras dan a nuestra literatura, un tema que, además, y por razones que no resultan fáciles de esclarecer, no progresa, no encuentra eco proporcionado a su importancia real en las letras del Siglo de Oro.

La literatura hispanoamericana es una literatura que comienza en el romanticismo. Comienza cuando, contagiada de la emancipación política, nace una voluntad de originalidad literaria expresamente formulada. Esta originalidad no se consigue entonces,

naturalmente, pero se dispone su fermento. El siglo XIX es en América el siglo de las ardorosas declaraciones de autonomía intelectual y, a la vez, del paradójico arrastre de las influencias más diversas. Es necesario que vaya entrado el novecientos para que los países de ultramar den figuras definitivas, en las que reconocemos ya cuánto hay de cuajado, de espléndidamente cumplido, en esa lucha de América por el hallazgo de su propia expresión.

Nosotros, acostumbrados por una didáctica absurda a considerar sólo la media docena de grandes figuras hispanoamericanas que necesariamente han de ser englobadas en un estudio de la literatura castellana, olvidamos con frecuencia que del otro lado del océano se ha producido una literatura de lengua española con acusados rasgos distintivos, que cada vez se configuran más y dan frutos más prometedores. En un estudio de la literatura hispanoamericana sería necesario partir taxativamente—al menos para una didáctica española de la materia—del momento en que se formulan los principios segregadores, desde los cuales empieza a formarse lentamente una tradición literaria esencialmente distinta de la nuestra.

Olvidamos la violencia, siquiera teórica, con que esos principios hicieron su aparición en el ámbito intelectual de las extintas colonias. Sobre su suelo nacional recientemente ganado se levanta en todas partes la bandera de la autonomía literaria.

Esteban Echeverría, el protorromántico argentino, insiste repetidamente en que el arte es el reflejo de la tónica nacional de un pueblo, en que el espíritu del siglo lleva a la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria. Y Juan María Gutiérrez, a quien Menéndez Pelayo consideró como “el más completo hombre de letras” que hasta su momento había dado el continente, hispanóphobo por reacción extrema, teoriza infatigable y desafortunadamente sobre el americanismo de la literatura.

El romanticismo lleva a América, con la independencia, una teoría de las literaturas nacionales. El afán diferenciador había estallado ya en la polémica de 1942 entre Bello y Sarmiento. En realidad, ambos prohombres representaban lo mismo. Sosegadamente, Bello; Sarmiento, con desgarrado ademán. Desde las páginas del *Mercurio*, de Valparaíso, abiertas al proscrito argentino, a las del *Semanario Literario*, de Santiago, “bellista” y dirigido por José Victorino Lastarria, se cruzan con bastante acritud los argumentos de ambos contendientes. La impronta de la originalidad termina a toda costa por atraer a la juventud a las filas de Sar-

miento (4). El propio Lastarria se adhiere a la postura extremista de los proscritos (5). Tanto Lastarria en el cuento, como Blest Gana—también virulentamente hispanófobo—con su abigarrada producción novelística, tratan de forjar una literatura chilena, presentada expresamente como desarrollo de caracteres nacionales. He ahí cómo el comienzo de la novela chilena va marcado por la voluntad de independencia literaria. Pero no se trata sólo de Chile o de Argentina. En el Ecuador, Juan León Mera, el primer novelista que se acerca a lo indígena en una obra de consideración, lo hace así premeditadamente, declarandó, en polémica con don Juan Valera, que ésta es la fórmula según la cual América puede producir una literatura original (6).

El siglo XIX deja planteada la cuestión. Los escritores hispanoamericanos tratan de expresar su peculiaridad, atados por las mallas del idioma a una tradición difícil de abandonar. La novela, teñida desde el comienzo de realismo, incluso en obras de corte tan idealista como *María*, empieza lentamente a ser cauce de una expresión de lo nacional y de lo americano. Y ésta es, a mi modo de ver, la razón cordial de su fecundidad contemporánea.

(4) Sarmiento sabe reconocer, tiempo después, la autoridad y el magisterio de Bello. Puede verse a este propósito: "Andrés Bello, Sarmiento y la generación de 1842", por E. Anderson Imbert en *La Nación*, de Buenos Aires, 6 de diciembre de 1942. Es muy interesante, entre otras cosas por el acopio de textos, *Sarmiento en el destierro*, Armando Donoso. Buenos Aires, 1927.

(5) Una interpretación histórica y política de lo que Lastarria entiende por la "emancipación del espíritu" puede encontrarse en los dos amazacotados volúmenes de *La América*, reeditada en Madrid por Blanco Fombona, en Editorial América.

(6) Mera había planteado ya el tema en sus trabajos sobre la producción poética del Ecuador. "No hay semilla más fecunda—escribe—que la del pensamiento cuando ha brotado de la naturaleza y la verdad: el pensamiento de establecer una literatura nacional en América está sembrado en nuestra sociedad, y tendremos esa literatura." (*Ojeada históricocrítica sobre la poesía ecuatoriana*, 2.^a edición, pág. 429. Barcelona, 1893.